

FELIPE PAZOS Y LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Jaime Lusinchi

Comienzo necesariamente por agradecer a los Directivos de ASCE—esta prestigiosa Institución que agrupa a tantas figuras de proyección continental—la posibilidad de compartir el homenaje—tan merecido como oportuno—a Don Felipe Pazos; comprometidos como hemos estado siempre con las luchas por la libertad, la democracia y el progreso equilibrado. Lo agradecemos, asumiendo con toda modestia el nombre de Venezuela, de la América Latina y del concepto de Democracia Social, que ha servido de norte a nuestras luchas; habida cuenta de cuanto debemos todos a Don Felipe: el Pensador, Luchador y Maestro, que vivió en función de esas ideas y que tanto aportara a la causa común.

Así, diremos, que durante casi todo el siglo veinte y en casi todas sus latitudes, la América Latina se caracterizó por el predominio de regímenes autoritarios y de dictaduras militares irrespetuosas del Estado de Derecho y de los Derechos Humanos. Una tradición caudillista y personalista, heredada del siglo diecinueve y que no termina de desaparecer, se conjugó con la debilidad de las instituciones, las imposiciones imperiales, el desconcierto provocado por las dos guerras mundiales y, posteriormente, los determinismos de la guerra fría.

Además de la fragilidad institucional, nuestro Continente se significó por el atraso en sus modalidades de producción y su dependencia económica de unas pocas materias primas y de productos agropecuarios destinados a la exportación hacia los grandes centros industriales. El atraso estuvo acompañado de una injusta distribución de la riqueza, que aún hoy día nos señala como la región de mayores disparidades en el mundo.

Esa fue la realidad en la cual le tocó vivir, luchar y pensar a Felipe Pazos. Ante ella, tuvo claridad para percibir sus rasgos sobresalientes y reaccionar con lucidez, para proponer valores que fueran capaces de superarla. La democracia, el desarrollo y la justicia social, fueron los objetivos que sirvieron de hilo conductor a su actividad, a lo largo de más de ocho décadas. A lo que habría que añadir la honestidad, que le era consubstancial y que bien podríamos considerar hasta como una forma de ser.

Con estas aspiraciones como guía, Felipe Pazos se convirtió en uno de los primeros y más destacados miembros de una generación que se propuso darle una nueva fisonomía a las sociedades latinoamericanas y que ayudó a transformarlas a lo largo del propio siglo veinte. Los objetivos eran claramente políticos; pero en su caso, los medios e instrumentos fueron predominantemente intelectuales. Se trataba de una toma de conciencia sobre la propia realidad; sobre sus carencias y posibilidades. Y de la necesidad de actuar en consecuencia.

El trasfondo ético de su actuar, le condujo a adoptar posiciones claramente definidas respecto a los hechos y realidades que sucedían en el Continente. La promoción y defensa de la democracia y de los derechos humanos constituyó para él un tema central. Las ejerció con admirable entusiasmo y ponderación. No transigió jamás ante el atropello, pero tampoco se dejó llevar por los cantos de sirena de las soluciones mágicas y repentinas, que llevaron a muchos de sus compañeros de generación al desvarío.

Ayudó a la construcción de la democracia en Cuba, hasta donde le fue posible y, luego, decidió acompa-

Felipe Pazos y sus Contribuciones a Cuba y a América Latina

ñar a la democracia latinoamericana en donde existía. Porque nunca olvidó que su compromiso era con América Latina. Y así, cuando en los años setenta la democracia menguaba en nuestra región y eran pocos los países en los cuales podía hablarse de soberanía popular, recaló en Venezuela, uno de los pocos ejemplos democráticos que entonces existían en nuestro Continente.

En Venezuela, ejerció durante un cuarto de siglo un magisterio y una influencia considerables. Ya era para entonces, un intelectual respetado y ponderado internacionalmente. Sin embargo, fue a través de una labor callada y humilde, que dejó su impronta en quienes manejaron la economía venezolana durante las dos décadas siguientes. En este magisterio tuvo el apoyo de su hijo, Javier Pazos, quien fue un líder entre los jóvenes economistas venezolanos de esa época.

Desde la posición de Asesor y Director del Banco Central de Venezuela, no solo influyó en las políticas adoptadas y criticó muchas de ellas; sino que continuó con su tarea intelectual, exponiendo ideas y formando discípulos que han ocupado destacadas posiciones y liderazgo en nuestro país. Fue un hombre polémico. Pero de una polémica amistosa, que unía a la expresión categórica de sus ideas, la amabilidad del verdadero Maestro.

Fue miembro de la Academia de Ciencias Económicas y realizó numerosas publicaciones sobre Venezuela y América Latina, las cuales aumentaron su extensa obra y fueron recogidas en los libros: *Política de Desarrollo Económico*, del Banco Central de Venezuela y *Medio Siglo de Política Económica Latinoamericana*, de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

En América Latina su obra fue igualmente extensa y fructífera. Desde organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA) y el Banco Interamericano de Desarrollo, contribuyó al desarrollo institucional económico y financiero de diversos países e influyó en destacados economistas de las nuevas generaciones. Con visión crítica, pero con realismo, participó en la construcción de las relaciones financieras entre América Latina y los Estados Unidos de América, particularmente mediante su la-

bor como Miembro del Comité de los Nueve de la Alianza para el Progreso. Cabe hacer notar, que en la concepción de la Alianza para el Progreso, participó activamente.

Su mayor influencia en América Latina, sin embargo, estuvo en que fue miembro activo—con personalidad propia—del grupo de hombres que forjó un pensamiento económico latinoamericano. Junto a personalidades como Raúl Prebisch, Víctor Urquidí, Javier Márquez, Felipe Herrera, Celso Furtado y los venezolanos Manuel Pérez Guerrero y José Antonio Mayobre, conformó un cuerpo de doctrina en la cual el desarrollo y la justicia social constituyeron el centro principal del análisis y las preocupaciones. Las doctrinas diseñadas por ellos, tuvieron alcance mundial y sirvieron para comenzar a entender las necesidades de los países en desarrollo.

En el caso de Felipe Pazos, destacó su manera de enfrentar la realidad latinoamericana; siendo su campo de acción especializada la economía, particularmente en los campos monetario y financiero. Como expresara alguna vez el propio Felipe Pazos, los economistas de América Latina no podían darse el lujo de explorar nuevas teorías económicas, sino que debían aplicar y adaptar las existentes para transformar la realidad que enfrentaban, y que sólo en aquellos casos en los cuales dichas teorías fueran patentemente insuficientes, debían explorar nuevos caminos. No obstante, a pesar de que no intentaron ser originales, crearon un pensamiento original, un pensamiento propio de América Latina y sobre América Latina, que hizo escuela y que desarrollaron nuevas generaciones de economistas, entre las cuales cabe señalar—entre otros—a dos discípulos de Pazos: Juan Noyola y Carlos Díaz-Alejandro.

Dentro de la generación a la cual me refiero, Felipe Pazos destacó por el equilibrio de sus posiciones. Como su pensamiento provenía del estudio y de la reflexión profunda, fue ajeno a los extremismos de cualquier signo. No lo sedujeron los malabarismos teóricos ni las exhortaciones a alcanzar el desarrollo por medio de la fuerza o de políticas fantasiosas. Así como no se resignó a una paz y una estabilidad carentes de justicia social, o que se dejaran pasar las oportunidades de progreso. Mucho menos le agradaron

las tentaciones totalitarias de algunos exponentes del neoliberalismo.

Conciliar democracia y desarrollo fue el acicate de su pensamiento. Sus áreas de preocupación, que él mismo consideraba excesivamente amplias, fueron: el empleo, el comercio y la integración latinoamericana. Pero su preferencia estuvo centrada en los asuntos monetarios, cambiarios y financieros, incluyendo los casos especiales de inflación y deuda. Porque nunca pudo abandonar su vocación de banquero central, que ya había ejercido con brillantez en Cuba.

Estas últimas áreas de estudio, que algunos de sus compañeros de generación miraban con recelo o como propias de conservadores, le exigieron un esfuerzo especial para hacer compatibles el realismo y las aspiraciones de justicia; porque siempre mantuvo en mente un pensamiento de Bertrand Russell, que cita en su ensayo sobre “Cincuenta Años de Pensamiento Económico en la América Latina,” que así dice: “A lo largo de su historia, la filosofía ha consistido en dos componentes poco armoniosamente combinados entre sí: por una parte, una teoría sobre la naturaleza del mundo, y por la otra, una doctrina ética o política sobre cómo debemos vivir. La falta de clara separación entre uno y otro componente, ha sido fuente de mucha confusión en el pensar.”

Con rigor, trató de evitar esta confusión y asumió frontalmente el desafío de estudiar y proponer políticas, para que el mundo financiero contribuyera al desarrollo y para que su mal manejo no condujera a la inestabilidad o la debacle. Observó desprejuiciadamente una realidad que no siempre era estimulante o agradable, y buscó extraer de ella lecciones que permitieran mantener y profundizar los principios éticos fundamentales y que contribuyeran al bienestar social.

En varias oportunidades no fue suficientemente comprendido por sus contemporáneos, lo que le costó el exilio y, a veces, el aislamiento. Pero esto no minó su entusiasmo ni redujo su rigor. Por ello, considero un privilegio que agradezco, poder decir estas breves palabras sobre Felipe Pazos; seguro como estoy, de que con el tiempo se hará cada vez mayor justicia al legado de ese verdadero Maestro—genuinamente cuba-

no, venezolano y latinoamericano—que constituye uno de los mejores ejemplos del intelectual latinoamericano del siglo veinte comprometido con su pueblo y con la democracia.

El Doctor Felipe Pazos fue, en resumen, el prototipo del hombre de bien y del creador organizado. Sensatez, prudencia, austeridad, sensibilidad social y una gran visión de largo plazo, fueron rasgos inmanentes en la personalidad de Don Felipe, como cariñosamente lo llamáramos en Venezuela. Fue un hombre cabal, que puso como límite a todas las actuaciones de su vida la integridad de sus principios y que nunca cedió ni claudicó en sustentarlos; no vacilando en sacrificar posiciones, bienestar y tranquilidad personal en todas las circunstancias y situaciones en las cuales le tocara actuar; que tal fue claro para cuantos le conocieran.

Allá en la tierra común, que ahora se ha quedado con El, siempre le tuvimos como un venezolano más, que se incorporó a lo nuestro como ciudadano integral y que en función tal, sirviera a los mejores intereses del País, de su Cuba mortificante que tanto amara y de la América Latina, en la cual creyó y creemos todos nosotros existencialmente.

Por éso, no sólo compartimos emocionados—lo repito—este merecido homenaje a Don Felipe Pazos, sino que lo agradecemos como venezolanos, invocando los servicios eminentes y generosos que prestara a nuestro País.

Y finalmente, en lo íntimo personal, permítanme agradecer a ASCE la invitación a este homenaje a Don Felipe; porque me han hecho compartir un acto de justicia histórica y ello enaltece; porque al estar aquí, he tenido la oportunidad de reafirmar mi compromiso ideológico con los principios de la democracia social, que El sostuvo a todo evento; y porque al invocar su memoria junto a ustedes, he fortalecido mi fe en una América Latina unida, democrática, libre y justiciera, equilibradamente desarrollada, que tenga en la historia por venir, la presencia trascendente que bien puede y bien merece; que en ello esta precisamente el mensaje imperecedero de Don Felipe Pazos.

Gracias a todos.